

Editorial

Multiciencias: a doce años el reto continúa

Vivimos momentos conflictivos. Nuestra República Bolivariana de Venezuela transita por tiempos difíciles. El telurismo provocado por tales circunstancias alcanza todos nuestros espacios como una red que atrapa cada una de las circunstancias de nuestras vidas y, de lo que es más importante, del “yo colectivo” que nos identifica y nos involucra en todas las interrelaciones con nuestros compatriotas. Pero hay, al menos, dos noticias que atenúan el pesimismo: ni es exclusividad de nuestra patria, ni lo es de estos tiempos. Este movimiento que convulsiona la economía de las sociedades, las agendas políticas de nuestros líderes y gobernantes, la armonía de las sociedades, la perturbación del equilibrio climático y ambiental obstaculiza el ejercicio permanente del gregarismo y, por extensión, de la convivencia que nos da el carácter particular entre todas las criaturas sobre esta enorme aldea que llamamos planeta Tierra, mucho más allá de los confines de un Estado-Nación. Sirvan como ejemplos las consecuencias universales de las sanciones en ciernes a Irán, del barbarismo cometido contra Libia, de las ya consolidadas ocupaciones de Afganistán e Irak, de los sangrientos ataques a las Torres Gemelas en Nueva York, de la devastación de la Amazonía y paremos de contar. Pero como se anotó al principio del párrafo, la naturaleza humana que inclina la balanza hacia la destrucción no es característica propia y exclusiva de estos tiempos. La metáfora del Génesis bíblico lo anuncia espeluznantemente: la muerte de Abel a manos de su hermano Caín. Visto en la materialidad del contexto que nos incumbe diría que el nacimiento de tal desconcierto de la especie humana, de ubicación atemporal, ocurre con dos grandes eventos: el dominio del fuego y el primer cerco de un espacio geográfico. Fueron los pininos de la gestación de un movimiento en la humanidad que nos ha dirigido a la lucha por el control de la energía, hoy llamado petróleo, por un lado, y a la invasión y dominio imperial de pueblos y naciones enteras, por otro. Ambos casos signados por el primitivismo y la irracionalidad de la barbarie, dándole un carácter épico a nuestra historia universal.

¿Y dónde está la atenuación del pesimismo? En la enseñanza que nos deja un cúmulo de errores y desaciertos que, mientras no nos conduzcan al exterminio, nos ofrecen el beneficio de la enmienda. Recordemos que la historia del ser humano está inmersa en la Historia Natural y ésta es ajena a nuestros parámetros temporales, ofreciéndonos quizá el tiempo suficiente para reinventarnos un futuro que resista las exigencias de cualquier utopía. La historia nos enseña que el mundo es dialéctico. Fuerzas dicotómicas omnipresentes parecen dirigir nuestro devenir, tanto en la naturaleza como en los constructos morales que necesitamos para la convivencia: aerobio-anaerobio, materia-energía, onda-partícula, frío-calor, femenino-masculino, sueño-vigilia, bondad-maldad, amor-odio, cielo-infierno, negro-blanco, capitalismo-comunismo, guerrapaz, destrucción-construcción, ciencia-magia, conocimiento-ignorancia. Asumiendo la aceptación de estas fuerzas en la formación del ser humano moderno, de sus sociedades, podemos decir que la construcción continúa, está lejos de concluir; que existen corrientes opuestas al mundo que se ha construido hasta ahora y que siguen resistentes a aceptarlo tal como está. En la perspectiva de grandes intentos dentro de agendas políticas ambiciosas podríamos nombrar la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en 1945 con 51 países, hoy con 193 estados miembros y la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1948; organismos actualmente cuestionados por la desviación de sus objetivos primigenios y el desbalance de fuerzas que ha llevado a imponer los intereses de los países más poderosos sobre los más débiles y explotados. ¡Pero fue un enorme inicio! En el mismo contexto podríamos incluir la Unión Africana, de más reciente data (2002). Quizá el intento más universal por cambiar el estado de las cosas, una aún inmadura convergencia entre la visión política del mundo y el conocimiento científico de nuestro planeta, sea el Protocolo de Kyoto (Japón). Adoptado en 1997, entró en vigor en 2005, alcanzando la ratificación de 187 estados en 2009, es una convocatoria de grandes voluntades que no han logrado vencer los deseos de poder de unos sobre otros que puedan llevarnos, a través de fundamentos científicos, a la sensatez y a la razón de seguir manteniendo responsablemente la vida en esta gran aldea.

Esta perspectiva dialéctica, con luchas intrínsecas signadas por un telurismo histórico, también se ha manifestado en el mundo científico. Si bien Aristóteles las tuvo casi todas consigo, no podemos asegurar, en

sentido estricto, que fuera un científico. Arquímedes, el gran matemático y físico griego fue asesinado por un soldado del imperio romano; Galileo, prácticamente el padre de la ciencia moderna, tuvo que retractarse de sus teorías (leyes) propuestas para salvarse de morir en la hoguera por hereje; suerte con la que no pudo contar Miguel Servet, uno de los hombres más notables del siglo XVI y el primero en proponer que la sangre circulaba internamente por canales (vasos sanguíneos), hoy una obviedad, terminando en una cremación involuntaria en leña verde. Charles Darwin, fundador de la biología evolutiva aún vigente, fue execrado por la iglesia. Los esfuerzos de movilización y debate entre los círculos científicos promovidos por Albert Einstein (quizá el físico más brillante del siglo XX), Bertrand Russell (matemático, filósofo, dos veces encarcelado y Premio Nobel de la Paz en 1950) y varios connotados científicos, no pudieron evitar que el poder imperial de Estados Unidos desatara toda la fuerza genocida de la fisión nuclear con el lanzamiento de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945. El uso más vergonzoso del conocimiento científico en la historia de la humanidad.

Estos movimientos telúricos son extensivos a la pugna que siempre han mantenido la visión reduccionista de los mecanicistas y la visión holística de los científicos sistémicos. Sin embargo, y he aquí uno de los aspectos más interesantes de la epistemología de la ciencia, ambas visiones se han alimentado entre sí en el transcurso de la historia del conocimiento científico, sin que podamos atribuir completamente a una de ellas, exclusivamente, la hegemonía de la forma de conocer el mundo que nos rodea. Puntos de encuentro entre la física y la biología, por ejemplo, permitieron la aparición de una ciencia más integral conocida como biofísica. Esta, a su vez, conjuntamente con la bioquímica, integrada por la química y la biología, desencadenaría en una de las disciplinas señalada como la más atomista actualmente entre las ciencias de la vida, la genética molecular. Reduccionismo que, sin embargo, no disminuye el peso e importancia que impone en nuestras vidas, especialmente en la alimentación a través de los alimentos transgénicos, con un alcance mundial tal, que ha provocado la convocatoria de foros, congresos y encuentros internacionales para establecer una nueva ética universal, capaz de permitirnos interpretar y manejar la nueva situación creada por este emergente conocimiento “reductor”.

De las propuestas holísticas más revolucionarias en la historia moderna del conocimiento científico una es, sin duda, la ecología. Propuesta inicialmente por Haeckel en 1869 como la ciencia integradora de los componentes bióticos, abióticos y las relaciones entre ellos en el medio ambiente, crece y se consolida durante el siglo XX y en lo que va del XXI como una de las ciencias más integradoras del mundo vivo y el inerte. Es tal su alcance que una de sus derivaciones ha conducido a la aparición de la Ecología Humana, especie de esperanza científica para la salvación de la humanidad y del planeta como un todo.

Precisamente esta concepción integral, holística, multidisciplinaria del conocimiento científico, de la forma de escrutar las cosas, de hurgar los fenómenos, las sociedades y sus constructos, permite abrir los espacios de la revista *Multiciencias* a trabajos de investigación de una amplia multiplicidad de temas. Surgió así un espacio de difusión (en sentido estricto más que periodístico) dentro de la dinámica dialéctica de dos concepciones de mostrar el conocimiento científico, corolarios del reduccionismo y el holismo: la especialista y la multidisciplinaria. Llega en breve efemérides, junto con el siglo, a doce años de constante crecimiento tanto cuantitativamente por su capacidad de convocatoria como cualitativamente por las instituciones nacionales e internacionales que la han indizado y registrado. Expresión de constancia y coherencia de tales concepciones se edita el Nro. 1 del Volumen 12 de *Multiciencias* con 11 artículos de diferentes temas y enfoques. La mayoría (7) se ubica en Ciencias de la Educación; sin embargo uno de ellos, “Institucionalización de la actividad científica en bibliotecología, archivología y ciencias de la información”, también puede ser clasificado en Ciencias de la Información. Nos trae además resultados interesantes sobre dos trabajos en el Área de las Ciencias Económicas y Sociales, uno en Ciencias del Agro y, finalmente, un caso clínico enmarcado en Ciencias de la Salud. No cabe duda de la ambición nacida hace doce años en lo más parecido a una isla, una península, la de Paraguaná, en los confines de una Universidad, la del Zulia, por hacer del conocimiento científico un producto fácilmente accesible. El reto continúa.

Santander Cabrera

Gerente de Planificación del IVIC

Profesor Titular de la Universidad del Zulia (LUZ)

DEA en Antropología por la Universidad Complutense de Madrid

MgSc en Ciencias Biológicas por la Universidad Simón Bolívar

Doctorando en Ecología Humana y Población

por la Univ. Complutense de Madrid